

TU AMOR Y TU GRACIA

Por Marcos Alemán



Tu amor y tu gracia me bastan...
Lo vengo rezando junto con Ignacio hace mucho tiempo.
Pero no termino de vivirlo, no termino de creerlo,
no termino de decirlo,
por eso, no dejo mi vida en tus manos
como si en las mías estuviera más segura.

Sigo creyendo que en el algún momento
me vas a dejar solo
y así provocho lo que quiero evitar.
No me dejo llevar por Tú,
pero tú me sigues aceptando.

Tocas mi corazón
desde donde yo te dejo que lo hagas,
pero nunca dejo que me tomes por entero.

No te pido que me des tu amor y tu gracia,
porque a diario y desde siempre lo haces.

Te pido que me enseñes a abrirte
mis manos,
a abrirte mi corazón,
a abrirte mi vida, y con ella,
toda mi libertad, toda mi memoria,
todo mi entendimiento. Vos me los diste y no me los quitas.

Quiero aprender a darte mi vida, a entregarme,
como Tú entregas la tuya.

✠ **El santo óleo y la luz que nos une**
Esteban L. Aquino Nieto

✠ **Andaban como ovejas sin pastor**
(Marcos 6, 30-34)
Por Benjamín González Buelta, S.J.

✠ **Abuelos, una bendición de Dios**
Por Yenia Matos Henríquez

SANTORAL

D 21: San Lorenzo de Brindisi / **L** 22: Santa María Magdalena / **M** 23: Santa Brígida / **M** 24: San Francisco Solano / **J** 25: San Santiago, apóstol / **V** 26: Santos Joaquín y Ana. Día de los abuelos / **S** 27: Beato Tito Brandsma

El santo óleo y la luz que nos une

Esteban L. Aquino Nieto



El óleo (aceite) simboliza la fraternidad, la esencia y la bendición divina. El óleo de la unción aparece en la Biblia como símbolo del Espíritu de Dios (1S 16, 13). La unción es la señal del servicio sagrado y la misma palabra *Mesías* significa *ungido*, *Christos*. Así También el aceite simboliza la luz y la pureza, pues sirve de alimento para las lámparas.

En el ciclo diario, el sol aparece por el Oriente y viaja durante el día hacia el Occidente, pero ambos son bañados por la misma luz y reciben sus mismos beneficios. Así sucedió históricamente con el Cristianismo, luego de nacer en el Oriente su Luz llegó al Occidente, y ambas partes del mundo reciben la misma gracia. La Luz de Cristo es el faro que une a cada cristiano, sea cual sea su cultura, nacionalidad o lengua. Y aquí me detengo para referirme a un punto medio, un puente que mantiene unidos a los cristianos del oriente y del occidente: San Chárbel y la Iglesia Maronita.

San Marón fue el iniciador de un movimiento espiritual y monástico en

Antioquía. En aquellos tiempos la iglesia estaba dividida por cuestiones teológicas, pero él se mantuvo al margen de la polémica, se fue a una montaña y dedicó su vida a la meditación. Muchas personas comenzaron a seguirlo por su predicación. Tras su muerte esta comunidad tomó el nombre de Maronitas, el mismo que adoptó su iglesia posteriormente.

Con el tiempo, esta Iglesia se trasladó y estableció en el Líbano. Pese a los ataques que sufrió a través de los siglos, hasta nuestros días permanece en comunión con el Papa y se considera siempre unida con la Iglesia de Roma. Entre sus santos más importantes se encuentra Chárbel Makhlouf. San Chárbel tiene una existencia extraordinaria, cuya historia les recomiendo buscar y llenarse de su interesante personalidad. Para San Chárbel Dios significaba todo, y a Él se entregó en cuerpo y alma llegando a obrar milagros en su nombre. Con la oración alejaba las plagas de los campos, curaba a los enfermos, incluso llegó a encender su lámpara de aceite cuando realmente estaba llena de agua. Creo que en realidad San Chárbel no necesitaba del aceite para encender su lámpara, Él era el aceite. En su canonización fue catalogado como “*símbolo de unión entre Oriente y Occidente*”.

Ahora, volviendo al inicio de este texto, si el aceite (óleo) es esencia, pureza, bendición divina, símbolo de servicio sagrado y combustible de las lámparas que iluminan a las personas, todos los cristianos de oriente y de occidente, somos el alimento de la fe en Cristo, y Cristo es la Luz que nos une.

Andaban como ovejas sin pastor (Marcos 6, 30-34)

Por Benjamín González Buelta, S.J.

Jesús y sus discípulos se sentían agotados por el trabajo. Mucha gente buscaba a Jesús, unos para ver si podían curarse de alguna enfermedad, otros cautivados por las palabras que salían de su boca: “Ningún hombre habla como Él”, decían. Sus palabras tenían una novedad que liberaba el alma de viejas pesadumbres. Algunos seguían a la gente que caminaba de prisa para no perderse ninguna actuación del último aliciente que les despertaba de un sueño profundo de tristeza y desamparo. Era tanta la gente, que no tenían tiempo ni para comer. Llegó el cansancio y decidieron irse a descansar al otro lado del lago.

Pero aquella gente era tenaz, porque buscaba algo con resolución desde una profunda necesidad que todos sentían. Se fueron caminando por tierra, y cuando la barca de los discípulos llegó a la playa ya la gente los estaba esperando con profunda esperanza. Sintió Jesús con esos corazones que latían sin rumbo, desorientados. No tenían más propósito que recibir orientaciones de Jesús, porque estaban perdidos en medio de la vida. Se compadeció Jesús “y empezó a enseñarles con calma”.

Primero Jesús miró, dejó posarse la mirada sobre aquel pueblo, miró con calma y con profundidad, y sintió que desde esos corazones a la espera le llegaba una demanda que no podía es-

quivar. En la contemplación surgió la implicación de responder a ese pueblo y ofrecerle la esperanza del Reino de Dios, que podían descubrir en medio de ellos si miraban la profundidad de sus vidas. La contemplación de la realidad siempre nos llamará al corazón y sentiremos que nuestra misión, como a Jesús, llega hasta nosotros desde los que sufren.

Dios nos llama desde la realidad herida, no sólo para que nos comprometamos según nuestras posibilidades, sino para que nos encontremos también con Él que, desde el fondo de esas heridas, también nos rehace a nosotros y nos llena de luz y de sentido, porque vemos cómo el Reino de Dios crece de manera admirable

desde los descartados de este mundo.

Dichosos nosotros si aprendemos a mirar como Jesús a las personas en su hondura, donde late el anhelo del Reino de Dios para todos, capaz de encender sus vidas y recrear sus compromisos nuevos. Tendremos que liberar nuestra mirada de la visión que se nos impone y nos dice que de los excluidos ya no hay futuro que esperar.



MENSAJE
DE VIDA

«A la tarde te examinarán en el amor; aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición».

San Juan de la Cruz

26 de julio, San Joaquín y Santa Ana,
Día de los Abuelos

Abuelos, una bendición de Dios

Por Yenía Matos Henríquez



Maite tiene 23 años. Es una joven que acabó sus estudios de Periodismo recientemente. Se graduó con honores, como la mejor de su clase. Sus padres están orgullosos de ella, sus amigos también. Tiene toda una vida laboral por delante, con muy buenas perspectivas de trabajo y, debido a sus magníficas calificaciones, también le han ofrecido excelentes propuestas de empleo en diarios y agencias. Le toca a ella decidir para dónde va.

Cuenta que está feliz, aunque también reconoce que su felicidad no es completa porque la persona que la impulsó a estudiar su especialidad ya no está tan cerca como a ella le gustaría. Fue su abuela Cecilia, quien se dio cuenta de sus aptitudes para escribir y relatar historias desde que Maite era muy pequeña. Su abuela falleció hace poco y para Maite, como para toda su familia, fue un duro golpe del que aún se recuperan.

Para esta joven, los abuelos son los segundos padres que esperan nuestro nacimiento. Son quienes, después de nuestra mamá y nuestro papá, aguardan que lleguemos al mundo con salud, desean que crezcamos sanos y felices, que lleguemos

a ser personas de bien, prósperos y que algún día, cuando nos llegue el momento, sepamos compartir con nuestros nietos todo lo que de ellos aprendimos. Es decir, que toda esa rica tradición familiar de la que ellos alguna vez fueron portadores, continúe su recorrido por las generaciones que siguen a la nuestra.

Esta breve pero profunda charla con Maite me ha llevado a pensar mucho más en mis abuelos. Cada día comprendo más cada palabra, cada gesto de los que algunas veces fui testigo. Yo tuve la suerte de tener a los míos hasta grandecita. Es maravilloso cómo se hacen más presentes a medida que pasa el tiempo y vamos madurando y valorando más el tiempo que podemos estar con nuestros padres y, a la vez, que nuestros hijos pueden compartir con sus abuelos. Ellos pueden ser soporte en su educación, en su andar como niños y, en muchos casos, en la juventud, como la abuela de esta muchacha que quiso que su sencilla historia se conociera.

Para no pocas personas los abuelos son quizás los únicos “padres” que alguna vez tuvieron. De todo encontrarnos en la viña del Señor. Con certeza podemos decir que, cuando están presentes, son nuestros ángeles guardianes, dispuestos a defendernos a toda costa de regaños y consentirnos con esa complicidad que los caracteriza, incluso a escondidas de nuestros progenitores.

Creo que el testimonio de Maite puede inspirar a otros a valorar más a esos ancianos que muchas veces lo dan todo por sus nietos. Comencemos por brindarles nuestro cariño y amor, si aún nos acompañan. Ellos son una bendición de nuestro Padre.